

# Pandemonium

Semanario Ilustrado

DIRECTOR: ERNESTO MARTIN

## EL CARDENAL RAMPOLLA

PARA PANDEMONIUM

Secretario de Estado de León XIII, durante diez y seis años desempeñó este encumbrado y difícilísimo cargo captándose la confianza y la estima de aquel insigne pontífice, de tal modo que los que conocían mal á uno ú otro de estos hombres eminentes, llegaron á suponer que el Cardenal Rampolla era un Vice Papa y un inspirador de la política de León XIII, particularmente en las relaciones de la Santa Sede con Francia y, en general, en su concepción independiente de tradicionales preocupaciones de la política de la Iglesia.

León XIII era demasiado personal y demasiado dueño de sí para dejarse inspirar ó conducir. Estaba tan profundamente penetrado de su responsabilidad y meditaba tanto sus decisiones, que hubiera sido difícilísimo convertirlo á otras ideas que no fueran propiamente suyas.

El Cardenal Rampolla comprendía demasiado bien el carácter de León XIII y respetaba tanto su altísima inteligencia y su exaltada dignidad de pontífice, que no hubiera pretendido mover á la Iglesia en otra dirección que la que le imprimía su jefe supremo.

Uno de los grandes méritos del Cardenal Rampolla fue el de ejecutar con perfecta lealtad, con habilidad consumada, en la palabra como en la acción, las instrucciones de León XIII.

León XIII era doctísimo. Versado en las letras griegas y latinas, conocedor de las ideas y de los adelantos de nuestra época, atento á los menores movimientos de los pueblos cultos y sabedor, por experiencia propia, de que la fe, arraigada en el corazón del hombre, identificada y conaturalizada con él, no tiene nada que temer de la ciencia, ni de la libertad, adoptó una conducta que, en su concepto, debía llevar á la Iglesia á la conciliación y á la armonía universales.

Noble y hermoso sueño! Creer que por el amor y por la dulce persuasión se lograría apagar en los hombres el fuego de egófstas codicias para atraerlos y confundirlos en un abrazo común al pie de los altares del Dios único!

Qué espectáculo el de este angusto y frágil anciano, que por la autoridad del consejo, por la seducción de la mansedumbre, por el encantamiento de los clarísimos dones de su espíritu, sin más arma que su diáfana mano cargada de bendiciones, obliga á cantar la palinodia al férreo Bismarck y se impone como árbitro al Gran Emperador de Alemania!

Qué contraste con aquel otro gran Papa que dominó con el prestigio de la autoridad aterradora que la Edad Media acataba en el Romano Pontífice, el cual, así como Júpiter tonante distribuía el rayo, fulminó excomuniones y condenó á otro Emperador de Alemania á cruzar los Alpes en pleno invierno y á obtener el perdón, vagando penitente á la intemperie, en torno de la residencia de Canossa, donde la condesa Matilde albergaba á Gregorio VII.

El triunfo de Gregorio fue efímero. La cruel penitencia de Enrique IV convirtiéndose en odio implacable y Gregorio debió correr fugitivo á pedir refugio á los monjes del Monte Cassino.

¿Qué hace León XIII? Bismarck no cruzó los Alpes, pero fue virtualmente á Canossa; su imperial señor se reconcilió con el Papa, y el sucesor de aquel guerrero que veneró la autoridad inerte de León XIII, se ha complacido en exaltar su amistad y su respeto por el Papa nonagenario en sus recientes y ostentosas visitas al Vaticano!

León XIII murió lleno de años y de gloria, sin que nadie osara tocarlo en su voluntaria prisión, dominando por la autoridad moral del amor y por el prestigio rejuvenecido del pontificado espiritual.

El primer Ministro de este Pontífice ha sido el Cardenal Rampolla. Estar identificado con tal Papa durante 16 años, es un bello título de gloria; pero las cualidades morales y el carácter del Secretario de León XIII tienen, por decirlo así, luz propia, que brilla con el suave esplendor que le dan su gran cultura, su paciencia angélica puesta á prueba en muchas circunstancias graves, su consagración constante al cumplimiento de altos deberes ó de austeras obligaciones y la magnanimidad y el sereno juicio con que sabe sobrellevar el peso de un noble pasado, precursor de esperanzas inmortales.

El Cardenal Rampolla es joven aún, no sólo por



sus años, sino por su constitución robusta y sana, exenta de esa obesidad tan común en el alto clero romano; es tenaz y firme en el trabajo. Como Secretario de Estado no tenía más descanso que durante el sueño ó las veces que solía ir de paseo á las pintorescas afueras de la vía Flaminia ó de la vía Apia.

De alta estatura, esbelto y ágil, de tez morena más bien rosada, tiene el aspecto de un luchador acostumbrado al combate; pero sus luchas son las de la inteligencia.

Nació en Polizzi, pequeña ciudad de la isla de Sicilia, á poca distancia de Palermo, el 17 de Agosto de 1843. Hijo de don Ignacio Rampolla, Conde del Tíndaro, y de doña Ursula Errante, baronesa de Avanella.

Por su padre desciende el Cardenal Rampolla de la ilustre familia pisana de Roncioni, uno de cuyos vástagos, Próspero Roncioni, emigró á Sicilia por el año de 1316. Se cree que los descendientes de Próspero tomaron el nombre de Rampolla de un feudo así llamado.

El Cardenal es el jefe de su familia. Su sobrino el Duque de Campobello, don Francisco de Napoli Rampolla, hijo de doña Leonor Rampolla y de don Federico di Napoli, es el heredero de su nombre y del Condado del Tíndaro.

El Cardenal hizo sus estudios en Roma en el Seminario Vaticano, en el colegio Capránica y en la Academia de nobles eclesiásticos. En 1875 fue por primera vez á Madrid como auditor de la Nunciatura, confiada al que fue más tarde Cardenal Simeoni, Secretario de Estado de Pío IX. En 1877 fue Secretario de la Propaganda y en 1880 Secretario de la Congregación de negocios eclesiásticos extraordinarios. Regresó á Madrid como Nuncio Apostólico en 1882 y le cupo la fortuna de concluir el pacto entre España y Alemania que sometió al arbitraje de León XIII el conflicto de las islas Carolinas. En Madrid se hizo respetar y querer por todos, liberales y conservadores, y de Cánovas del Castillo y Moret, ilustres jefes de partidos opuestos, hizo verdaderos amigos. Cultivó la amistad de este último, corifeo avanzado de los liberales, con el mismo cariño que la de don Alejandro Pidal, honra y prez, como el señor Moret, del parlamento español y una de las columnas del catolicismo tradicional.

El tacto y la habilidad con que condujo la negociación del arbitraje, tratando por fortuna con hombres tan distinguidos como el señor Cánovas del Castillo, Presidente del Consejo de Ministros y con el Conde de Solms-Sonnenwalde, Ministro de Alemania en Madrid, granjearon al Nuncio Rampolla la especial estima de León XIII, que ya lo reservaba *in petto* para más altos destinos.

Hallábase todavía en la Corte de España Monseñor Rampolla cuando sobrevino la prematura muerte

de Alfonso XII y cuando nació el simpático y deseado monarca su heredero póstumo don Alfonso XIII, rey antes de nacer y ahijado de León XIII. Monseñor Rampolla representó al Papa en el acto del bautismo y puede decirse que este fue el punto culminante de su carrera como Nuncio Apostólico. Esto era en Mayo de 1886. El 14 de Marzo siguiente fue creado Cardenal y nombrado Secretario de Estado por Su Santidad el Papa León XIII.

Durante dieciséis años ha ocupado el puesto más conspicuo de la Iglesia Católica después del Papa y su nombre ha estado asociado á los hechos más notables del pontificado de León XIII, desde el arbitraje de las Carolinas hasta las visitas de los más poderosos soberanos protestantes, como son el Emperador de Alemania y el Rey de Inglaterra.

En sus relaciones con nuestra América latina debe recordarse que el concilio general latino-americano se celebró en Roma en 1899 bajo los auspicios del Cardenal Rampolla, concilio fecundo en bienes para la Iglesia americana, en cuyos trabajos y deliberaciones cupo una parte muy importante al Dr. Thiel, Obispo de Costa Rica, uno de los más activos y apreciados secretarios de la célebre asamblea.

Como he dicho al principio de este artículo, el Cardenal Rampolla ha sido un leal é inteligentísimo ejecutor de las instrucciones de León XIII. Se le ha querido atribuir una política propia y, si en efecto era propia por ser hija de sus convicciones, no es menos cierto que fue León XIII quien, tras largas meditaciones, la dictó á la Iglesia. Política que se inspiraba en aquellas palabras del Evangelio: «Dejad á los muertos que entierren á sus muertos» y que abría los brazos paternales del Pontífice á la juventud y al porvenir.

El 20 de Julio de 1903, al exhalar León XIII su último aliento, cesó el Cardenal Rampolla en su cargo de Secretario de Estado.

Se reúne el Cónclave el 31 de Julio de 1903 y el Cardenal Rampolla obtiene hasta 31 votos para Papa. Los cardenales españoles y franceses y algunos italianos votaron en favor del Cardenal Rampolla con mucha fidelidad y resolución y habrían logrado reunir la mayoría de dos tercios del Cónclave (42 votos), pero el veto del gobierno imperial de Austria, significando la oposición de esta potencia católica á la elección del Cardenal Rampolla, alentó á la facción adversa, que ganó el voto de los prudentes. Además, el Cardenal Rampolla declaró que no aspiraba á la tiara y protestó en nombre de la libertad de la Iglesia contra la intervención del Austria. El Cardenal Sarto que en la primera votación obtuvo cuatro votos, logró la mayoría en la del 4 de Agosto, y fue proclamado Papa. Pero ni es Pío X una hechura del Austria, ni habría sido Rampolla hostil á esta potencia, como lo haría sospechar el *veto*.



La exclusión de Rampolla es inexplicable y obedece más bien al prurito tradicional del Austria de ingerirse en las cosas del papado y de Italia, que á motivos dados por el Cardenal Rampolla.



El veto del Austria significa más bien una censura de la política del Papa León XIII que un temor fundado de la conducta futura del Cardenal Rampolla. La Santa Sede ha protestado contra esa ingerencia y todos los pueblos católicos debieran protestar contra ella, no sólo porque coarta la libertad del Cónclave, sino porque atribuye á una potencia de muy limitada importancia en el mundo católico un privilegio que en las circunstancias actuales del papado no tiene razón de ser y que, de mantenerse, debiera hacerse extensivo á la mayoría de las naciones católicas. Pero ¡qué confusión y anarquía! Ya no sería el Cónclave un cuerpo electoral, sino el ejecutor de las voluntades del exterior. No es, pues, justo que lo que sería pernicioso concedido á muchos, se conceda á uno solo, porque el abuso sería mayor y el privilegio inicuo y fuera de proporción con los méritos representativos de una sola potencia.

Desde que la muerte de León XIII lo ha devuelto á la vida privada, el Cardenal Rampolla, de su habitación en el Vaticano que hoy es la residencia de Pío X, se trasladó al pequeño palacio de Santa Marta, especie de presbiterio cuyo usufructo corresponde al arcipreste de la Basílica de San Pedro. Aquí se ha instalado, quizá con más holgura que en el Vaticano, pero sin disfrutar, como de las ventanas de la Secretaría de Estado, del espectáculo grandioso de la ciudad de Roma ni de los vastos horizontes de la campiña romana, que se prolongan hasta el mar ó se detienen ante los muros de los Montes Sabinos. En

su nueva residencia el Cardenal Rampolla no tiene más perspectiva que la de la inmensa Basílica, á menos que por otros cargos que le confie el Pontífice vaya á residir fuera del recinto Vaticano ó vuelva á subir á las altas estancias divinizadas por Rafael.

Como en todos los palacios de los Cardenales, en el salón de honor está el retrato del Papa reinante: pero el Cardenal Rampolla recibe de preferencia en su biblioteca.

Aquí consagra su vida al estudio, cuando no va á trabajar á la biblioteca vaticana. Durante su nunciatura de España logró descubrir en la biblioteca del Escorial un precioso manuscrito latino que contiene la vida de Santa Melania por un contemporáneo, testigo de esta vida. Auxiliado por ese manuscrito y por un códice griego del Vaticano, el Cardenal se ha propuesto poner en relieve á esta santa y estudiar aquel período del Cristianismo triunfante que se puede llamar el siglo de los Padres de la Iglesia.

Pertenecía Santa Melania á la ilustre familia Valeria, una de las más antiguas y mejor emparentadas del patriciado romano. Por su alta posición social, por las preclaras virtudes que heredó de su propia familia ó que adquirió en el ejercicio de la caridad, Melania estuvo en relaciones constantes con los potentados de su tiempo, con Teodosio y con la Emperatriz Eudoxia, y con tres grandes lumbreras de la Iglesia latina, San Ambrosio, San Agustín y San Jerónimo. Su correspondencia y sus coloquios con estos insignes doctores, sus viajes, sus costumbres y los usos y modos de su tiempo forman parte de las investigaciones críticas del Cardenal, y su libro, que publicará durante el presente año de 1904, está destinado á dar mucha luz sobre los progresos de la sociedad cristiana á fines del cuarto y principios del quinto siglo de nuestra era (380—440).

A más de sus trabajos sobre arqueología é historia eclesiásticas, ocupase activamente el Cardenal Rampolla de estudios bíblicos.

Procede hoy la crítica histórica y filológica con métodos verdaderamente científicos y la Santa Sede ha resuelto servirse de ellos para determinar si debe aceptar sus conclusiones ó si debe formular las suyas propias de conformidad con las antiguas enseñanzas de la Iglesia ó según la nueva luz que arrojen sus más detenidas investigaciones.

En esta tarea corresponde parte muy importante al Cardenal Rampolla, ya por su propio gusto, ya como individuo de la Comisión de estudios bíblicos creada por el Papa León XIII.

Como lo dice el ilustre escritor inglés James Bryce, la Iglesia Católica es una institución admirable, más que otra alguna fecunda, que en cada edad sucesiva ha dado nacimiento á nuevos tipos de energía siempre á la altura de las circunstancias.

A esta clase de hombres pertenece el Cardenal



Rampolla. Austero y firme, generoso y afable, bien armado para la lucha en el terreno de la doctrina, quédale abierto el campo de la acción y el camino del porvenir.

Enero—1904

### Cebes

#### VIRGEN BLANCA

Pura como el fulgor de la mañana,  
Y en tu tranquila juventud sonriente,  
Como visión de un soñador de Oriente,  
Ostentas tu hermosura soberana.

Arde en tus ojos lumbre meridiana,  
Y hay pétalos de nardos en tu frente,  
Y es tu voz el murmullo de una fuente  
Y de amor una cántiga lejana.

¡Oh blanca aparición, que en el sendero  
Dejas de vivos astros un reguero  
Y el aroma de dulces primaveras!

No lucirá el abril sus frescas rosas  
Ni del ave las notas armoniosas  
Alegrarán el bosque cuando mueras.

David M. Chumaceiro

#### HORAS PERDIDAS

Parece que está bien averiguado por los cosmógrafos que este mundo es una *bola* de 25 mil millas de circunferencia.

En verdad que es grande y que sólo las *bolas* que echan á rodar los políticos la igualan en materia de redondez y abultamiento.

Sobre esta enorme bola viven mil trescientos millones de animales, á los que, dando la última diferencia, se les llama *racionales*.

Diferencia sobre la que algún gracioso D. Gustavo de los Palotes (no siempre ha de ser Perico) anda diciendo con los sentidos y potencias, que es irónica y no muy imparcial...

Sea de esto lo que quiera, de los mil trescientos millones de seres racionales, me inspiran lástima todos, menos uno.

Este uno, por cierto, soy yo.

Digo que me mueven á compasión mis prójimos, porque todos pasan la mitad de la vida, dando y cavando en las musarañas y forjándose ilusiones, y la otra mitad llorando sus desengaños.

Yo, gracias á mi organización especial, nunca me afirmo de quimeras.

No entiendo una jota de poesía.

Vivo en prosa...

Jamás recorro á las ilusiones para precaverme con-

tra las amargas é ingratas realidades de la vida.

No merezco, por lo mismo, entrar en el número de los que son dignos de compasión.

Sabido es que Calderón de la Barca aseguró que la vida humana era un sueño, y aquí viene de perlas exclamar:

«Cuando Calderón lo dijo,  
Estudiado lo tendría».

Realmente, aunque el poeta español no lo hubiera dicho, el género humano pasa la vida soñando.

Y tengo para mí que vivir de sueños y quimeras es lo mismo que no vivir, ó al menos, que las horas de ilusión son horas perdidas.

Suprimanse las ilusiones y podremos decir, con todo rigor, que el hombre vive algún tiempo sobre la tierra.

Pero, preciso es confesar de plano que esto no puede hacerse, mientras el amor anda enloqueciendo á la humanidad y dando al hato y garabato con toda la sabiduría de los hombres.

El amor es el principio, fuente, origen y madre-guerra de las más colosales y estupendas ilusiones.

Perdómenne los enamorados: pero creo que todos van por sus pasos contados á dar de cabeza en un manicomio.

Llegan estos deschabetaados á persuadirse de que una mujer es un ángel, un querubín, una hada, una huri, una perfi, y no sé cuántos disparates más acabados en *a* ó en *i*.

Por experiencia, en cabeza ajena, sé que no hay enamorado que, por fas ó por nefas, no dé en poeta romántico.

Y entonces queda en aptitud de hacer capirotes del sexo femenino.

Para él la mujer no tiene carne, ni sangre, ni huesos, ni músculos, ni nervios, ni cosa de esta laya.

Es un sér impalpable que flota en un rayo de la luna.

El espíritu que la luz ha tomado del rocío.

Un diáfano habitante del invisible éter.

Un sueño de ventura.

La belleza ideal.

El aroma de las flores.

La armonía de los cielos.

El alma del alma.

En fin, una pata de buego cualquiera, menos una mujer, en el sentido que trae, lisa y llanamente, el Diccionario del idioma castellano.

¡Pobres mujeres! se quedan las infelices sin nada de lo que les dió la madre naturaleza.

Los ojos que tienen no son ojos para el enamorado poeta, sino dos astros que brillan más que el lucero del alba.

Los labios no son de carne, sino de graua ó de coral; eso cuando no los hace de rubí, de cereza ó de carmín.



Los dientes no son de hueso, sino de nácar, de perla, ó siquiera de la misma sustancia que los colmillos del elefante.

La cabellera ha de ser de ébano, ó de azabache, si es negra, y de oro de veinticinco quilates, si es rubia.

Las mejillas tienen que ser de rosa.

La cintura una palma de Delos.

El cuello y la tabla del pecho indispensablemente de alabastro ó de mármol de Paros ó Carrara.

Y por este orden van los demás miembros.

Con un acopio de ilusiones de este calibre, el enamorado pasa haciendo ciquiritacas, vive soñando despierto, y dirigiendo requiebros y ternezas sin ton ni son.

Pero sucede, á menudo, que el bien querido, echándole, con sus desdenes, el agraz en los ojos, disipa las torres levantadas en el aire, y desaparece el ídolo que tenía un altar en el pecho del náufrago del alma, que se queda sin brújula ni timón.

Entonces es cuando, para remate de males, observa con Eguilaz, que la mujer come, bebe, duerme, tiene mal genio, se corta las uñas, bosteza, ronca, estornuda y... adiós encantos, adiós adoradas ilusiones!!

Ella va en la comadre y eso tiene meterse en un berengenal.

Y cuando un enamorado se queda con cincuenta palmos de nariz: qué de jermiadas para lamentar sus desencantos!

Es un Espronceda que anda erre que erre, con la cantaleta de que

«Las ilusiones perdidas  
Son las hojas desprendidas  
Del árbol del corazón.

Nadie le obligó á deshojar el árbol del corazón; y si tiene la manía de vivir de ilusiones, cuando éstas le dejen tocando tabletas, debe irse con los ayes á Roma.

Pero, corra la bola, y continúe la humanidad pidiendo cotufas en golfo.

Sueñen los otros con el amor, que á mí no me la pegarán de codillo en esta materia.

Encastillado en el terreno de lo real y positivo, rindiendo, á mi modo, pleito homenaje á esos... seres queridos (casi digo también ángeles) que se llaman mujeres, sin andar bebiendo los aires por cosas que valen un comino, pasaré indudablemente como un hombre prosaico; pero allí me las den todas; porque, en cambio, no tendré que lamentar las horas perdidas con las ilusiones y los delirios de la imaginación.

Bástame perder el tiempo en hilvanar artículos como el presente, con el fin de hacer que también lo pierda el lector de mal gusto que ha tenido la paciencia de seguirme hasta este punto, que es el final.

*Federico Proaño*

## ESCRITORAS SALVADOREÑAS



ANGELA DE AGUILAR (ZULIMA)

### LA LAGRIMA

Quise escribirte porque estás enferma.  
Como lo está la flor de mi esperanza,  
Y al caerse la pluma de mi mano  
De mis ojos también cayó una lágrima.

A mí me toca recoger la pluma  
Y escribir para tí más de una página.  
La lágrima, tú debes recogerla  
Y guardarla en el cáliz de tu alma!

*Miguel Sánchez Pesquera*

### LA CASCADA DEL BRASIL EN COSTA RICA

*(De mi libro Impresiones de Costa Rica)*

Una hermosa tarde de verano, «época en que la naturaleza toda se sonríe al despertar del sueño del invierno,» conocí la *Cascada del Brasil*, grandioso espectáculo que se desarrolla en el exuberante territorio costarricense.

Es un escena magnífica y brillante de la creación; es uno de esos cuadros que revelan todo el poder, toda la ternura del Creador. A unos cincuenta pasos se oye el ruido majestuoso de una cascada ó catarata en miniatura que se despeña desde la cima de una roca; mírase de repente ese transparente velo que aéreo y diáfano, cubre apenas lo alto de la colina y baja jugueteando entre piedras y flores, entre bre-



ñales y yerbas aromáticas. Parece una corriente de plata bruñida bañando de névea blancura cuanto á su paso encuentra. A ambos lados crecen árboles corpulentos, siempre frondosos, siempre cubiertos de hojas y tentadoras frutas.

En la tarde este panorama es sublime; todo es más bello, todo es más brillante con los murientes rayos del sol que al hundirse en el horizonte presta los colores del iris á la impetuosa cascada.

Desde la cumbre se ven esparcidos en la llanura algunos pueblos con sus torrecillas blancas semejando buques veleros en una bahía tranquila; diversidad de casas, cuya humareda forma columnas negras y caprichosas; la campiña se ve cubierta de verdura y de granos que ofrecen una recompensa á ese pueblo culto y trabajador.

Esa hermosa tarde la naturaleza hizo derroche de lujo para sumir mi espíritu en el más hondo arrobamiento. Los últimos rayos del sol teñían el firmamento de ópalo y de gualda y ya en Oriente aparecían mustios y opacos los reflejos de la luna... Eran dos globos de fuego, el uno frente del otro: uno para morir, otro para nacer... Tal es el orden de la naturaleza.

Las aves pasaban sobre la cascada y la saludaban con sus trinos variados y cadenciosos. Se oía á lo lejos el rumor de los rebaños y ganados que volvían al redil, al zumbido de los insectos, el canto de los pajarillos y el graznar de las aves nocturnas; todo formaba el himno del amor de la Creación, la plegaria de todo un mundo, la oración de la naturaleza toda.

Es más bella esa armonía salvaje y majestuosa del agua que cae, de las hojas que susurran, que las notas más sentidas de Beethoven y de Bellini. Hay algo grande y tierno en ese murmullo vago, incomprendible.

En medio de ese gran espectáculo qué pequeño parece el hombre, que se dice *rey de la creación*, porque tiene una mente que duda y una alma que sufre...

Yo gocé del panorama delicioso de la *Cascada del Brasil*, y si eso fuera lo único que hubiera visto grande y bello en este mundo, ello bastaría para que mi espíritu comprendiera y amara al Autor de tanta maravilla!

*S. Cortés Durán*

San Salvador, Centro América.

Te casaste y... ¿lo ves? Ya te decía que no iguala al afán con que se ansía la dicha que se alcanza; por ardiente que sea la esperanza, al convertirla en realidad es fría.

*Campoamor.*

## EN EL PARQUE

(Para PANDEMONIUM)

Bajo la suave nebulosidad del cielo gris-perla, tendía el crepúsculo el milagroso sonambulismo de sus colores; y era el ámbito un jardín de románticas florescencias y de sederías maravillosas.

Todos los tonos resurgían en la coloración vespertina del espacio, todos los tonos: el esmeralda disluido, el amatista intenso, el ópalo suspirante, el azul de ensueño, el rojo vivo, evocador del rubí llamante, el blanco, el lila pálido, el crema dulce como un beso, y fugaz como un presentimiento, el rosa nupcial, el rosa de los pétalos ajados y los amores marchitos: toda una orquestación de matices vibraban en la paleta del crepúsculo.

A lo lejos, en el horizonte brumoso donde el alma enigmática y perezosa, el alma soñadora de las neblinas prende en la fantasía una luz y una flor de ansiedad, la cordillera heráldica destacaba, tras el pepló crepuscular, su faz enorme como la maza de Thor, en el misterio de la leyenda escandinava.

Venía ya la noche sobre la ciudad melancólica. Venía la noche. De la penumbra de los jardines subía al gris-perla del cielo nebuloso, el invisible epitalmio de los lirios entreabiertos. Un soplo helado removía el follaje de la arboleda frondosa. Venía la noche.

Y fueron cayendo en mi alma, como en un seno, todas las albas sedas de la tarde, todos los finos roros del crepúsculo.

Era el parque encantador: en la delicia pensativa de las avenidas solitarias, bajo la piedad del ramaje, oloroso y cantante, á la luz curiosa del foco artificial, que en el recato de los claro-oscuros del paseo, traza acuarelas fantásticas y arabescos fabulosos, te ví, como en la lejanía de un sueño, oh! Hada! y cómo en la lejanía de un sueño te seguí, enamorado.

Mi ingenuidad, esa ingenuidad que casi todos los hombres llevan tras sí, como una sombra blanca, te amó ¿porqué negarlo? te amó, con toda el ansia convulsiva de la emoción silenciosa.

Los ojos profundos, ojos pecaminosos de Walkinaja, llenos de la luz extraña, que Anatole France admira en los ojos de Sarah Bernhard: los labios un verso nupcial; un junco el talle; una eucaristía la frente, y en la escultura victoriosa del cuerpo fascinador, en el hechizo aristocrático del tocado triunfal, la íntima seducción de las inéditas felicidades.

En la ruta dolorosa de mi sino melancólico, fuiste, costarricense adorable, una aparición unciosa y un sortilegio. Tu belleza me hizo vivir una intensa vida de pasión, mucho más alta y nobilísima que esta vida de diletante, vida dolorosa de todos los pensa-



mientos, contradictoria y doliente. A tu vista gocé el raro pantefismo de los sentidos enamorados; y una clara y luminosa visión de vida nueva y de nuevo ideal, pasó por mis ojos de recién llegado, como una bendición.

En el aire humedecido, una música honda y trémula, como un juramento, hondo y trémula, como una despedida, vibraba cantando y llorando. El bullicio heterogéneo del tumulto espectador fue apagándose lentamente; y un astro vertía en el catafalco del espacio tenebroso su luz, como una lágrima; su blanda luz fugitiva, como una promesa.

*Emiliano Hernández.*

San José, Enero de 1904.

### DEJADME EN PAZ

¡Oh recuerdos de paz y de pureza,  
horas fugaces de mi dulce infancia,  
¿por qué venís, desde tan gran distancia,  
el ánimo á inundarme de tristeza?

¿Dónde está de mi madre la terneza  
extremada en su amor y su constancia?

¿Dónde la flor de virginal fragancia  
que despertó mi amor con su belleza?

Era yo niño y de pasión temblaba,  
cuando su faz de serafín veía  
y oía mi amor callado adivinaba. ...

Huíd, huíd de la memoria mía  
recuerdos de los ríegales que amaba,  
dejadme en paz en mi vejez sombría.

*Rafael Machado J.*

### UNA CARTA

Hemos recibido la siguiente:

«San José, Fbº 1º de 1904.

Sr. Director de PANDEMONIUM.

P.

Muy señor mfo:

Con placer he visto que ha abierto usted en su importante revista un certamen para premiar á la señorita más simpática de San José.

Como usted es un hombre inteligente y de criterio elevado, estoy segura de que estará de acuerdo conmigo en lo siguiente:

1º En que la belleza moral de la mujer es tan importante como la física.

2º En que las dos bellezas reunidas, la moral y la física, hacen de la mujer ese sér ideal que cantan los poetas y enaltece la Biblia, y

3º En que un estudio sobre la mujer es un asunto muy importante, desde luego que la mujer representa hoy un papel activo en el mundo.

Por estas razones me tomé la libertad de dirigir-

me á usted, con el fin de pedirle que abra un certamen literario en su ilustrada revista con un premio para el autor ó la autora del escrito más razonable, á juicio de un jurado compuesto de personas ilustradas, sobre *cuál es la mujer moderna, la mujer ideal*.

No dudo que usted accederá á mis deseos, porque ello dará aún más realce á PANDEMONIUM, porque es usted un caballero y porque se lo pide

*Una mujer.*

Acogemos con mucho gusto la idea expuesta en la carta anterior. En el próximo número fijaremos las bases del concurso.

### CUADROS RISUEÑOS



EL BAÑO MATINAL

### PIEDRAS PRECIOSAS

Quien engendra en nosotros las más valiosas ideas es la observación personal; pero como muchos, principalmente los jóvenes, no han puesto atención en ella para provocar su desarrollo, es á la lectura inteligente á quien debemos recurrir para enriquecer nuestro entendimiento.

Hasta hace muy poco tiempo los jóvenes costarricenses permanecíamos á oscuras, podría decirse, en lo que se refiere á la producción literaria contemporánea, dedicándonos únicamente á la lectura de artículos y novelas superficiales, de argumentos amorosos y que nunca consiguieron despertar en nuestros cerebros pensamientos profundos ni sentimientos enérgicos.

Esos artículos y esas novelas dejaron ver muy pronto sus influencias y aún hoy, de cuando en cuando, las columnas de nuestros diarios y revistas están ocupadas por escritos en que el fondo se desvacece ante la magia de los colores, en que el yo, con una



vanidad fastidiosa, anota los sentimientos amargos que le agrada engrandecer ante los que leen sus producciones.

Como no podían ser útiles á la sociedad que lee los diarios y las revistas, era preciso dirigir la mirada de la juventud estudiosa hacia otros horizontes llenos de belleza, las modernas literaturas: francesa, inglesa, alemana, rusa, polaca y escandinava.

Así lo han comprendido varios de nuestros literatos y han tratado de elevar el nivel de cultura intelectual, ya traduciendo cuentos franceses é ingleses de una delicadeza incomparable, ya escribiendo artículos basados en los argumentos de distintos dramas alemanes, rusos y escandinavos.

Hoy, en un estuche encantador, los jóvenes escritores *Alejandro Alvarado h.* y *Fabio Baudrit* presentan once piedras preciosas de la literatura francesa talladas por los exquisitos cuentistas *Guy de Maupassant, Anatole France, Catulle Mendès, Henri Lavedan, Marcel Prévost, Georges d'Espahés, Pierre Louys, Armand Silvestre y Paul Arène.*

En primer término debo afirmar que el trabajo de selección de los cuentos publicados demuestra que los traductores poseen en muy alto grado esa facultad de distinguir lo bello allí donde se encuentra y de saber apreciar *la belleza de lo verdadero*, lo único que debe llamarnos la atención en toda obra artística.

Además, la fiel reproducción en castellano del estilo de cada uno de los cuentistas franceses tiene para mí una importancia capital: estimula las emociones produciendo de este modo el sentimiento de lo bello en nuestra sociedad, por desgracia, poco habituada á sentirlo.

La pureza de la traducción es mucha: puedo decir que en «Piedras Preciosas» se aprecian las frases animadas que envuelven los pensamientos siempre grandes y fuertes del insigne crítico *France*; las bellas oraciones de *Lavedan* que tienen una vivacidad simpática; la claridad y delicadeza que caracterizan el estilo de *Maupassant*, quien, en sus producciones, hace pensar y sentir al mismo tiempo que presenta las bellezas de la forma distinguida; y la dulzura que, en todo lo que escriben, colocan *Mendès, Silvestre, Louys, Arène, Prévost y d'Espahés.*

Es un joyel verdadero y señala, con el brillo de las perlas preciosas que encierra, el principio de una época magnífica para la literatura costarricense, que, con el impulso dado ahora por los señores Alvarado y Baudrit, continuará por el buen camino obteniendo, con la lectura de las producciones extranjeras escogidas, las más valiosas ideas y los más vigorosos sentimientos.

Únicamente me extraña que en ese estuche no aparezca engastado ninguno de los delicados cuentos de *Pierre Loti*, ni de los sabrosos relatos de *Alphonse Daudet* ni de los estudios interesantes de

*Paul Bourget.* Pero atribuyo esa ausencia á que tal vez los señores traductores recojan en otra corona de diamantes otras hermosas producciones de la literatura francesa contemporánea.

*J. Fabio Garnier.*

(De *El Anunciador Costarricense*)

## NEUROSIS PARLAMENTARIA

Dice un moderno alienista: «Todos los hombres son locos, pero sólo son declarados los que dicen lo que piensan y sienten.» Y agrega: «los que dicen lo que debe decirse y callan lo que debe callarse, son los tenidos por cuerdos.»

En efecto, cuando un individuo está bajo la influencia de una pasión violenta, como la cólera, la venganza, el amor, la ambición, el odio político, la embriaguez, dice todo lo que siente y piensa, es decir, que según el alienista, está en estado de demencia. Mas siempre es cierto que todo hombre es dueño de sus acciones y por tanto responsable de ellas.

Hay dos clases de locura: la individual y la colectiva: la individual tiene su natural correctivo en el manicomio, y es de resultado enteramente personal; la colectiva no lo tiene, y sus consecuencias afectan todo el organismo social. Un gobernante tocado de demencia es una calamidad nacional. Un tribuno loco, ó sea un hombre dominado por una pasión violenta, lleva muchas veces los pueblos á la guerra, y es también una calamidad pública. Los alienistas han estudiado también la psicología de las multitudes y hay capítulos destinados á lo que ellos llaman neurosis de las Asambleas. Una Asamblea sufre muchas veces mayores efectos neuróticos que los mismos individuos, porque sus miembros están ligados por una cadena magnética de resultados colectivos. Si la revolución francesa, por ejemplo, hubiera sido dirigida por un solo jefe, seguramente no hubiera llegado á las extremidades á donde llegó, pero la Convención y la Asamblea fueron la causa de tantos crímenes como se cometieron. En nombre de la libertad y el derecho, se sacrificaba el derecho y la libertad. La libertad no fue entonces una diosa, sino una vacante.

Jamás se extravió tanto la idea de la libertad. Cuando Robespierre subió al cadalso victoreándola, el verdugo, caracterizando la época, pudo preguntarle: ¿de cuál libertad hablas: de la que has dado ó de la que vamos á darte?

Cuando un diputado acepta el mandato de un pueblo, debe sacudir el polvo de las pasiones personales en el umbral del capitolio y revestirse de la cordura de que habla el citado alienista. Para un buen cristiano vale más la humildad de San Vicente de Paúl que el orgullo pagano de los antiguos emperadores.

Mr. Guillermo Ferrero, en su estudio de las neuro-



sis parlamentarias, se expresa así: «La historia de la revolución francesa nos da muchos ejemplos. Es evidente que en la Asamblea y la Convención, especialmente, la neurosis colectiva causó los más grandes desastres, porque muchas de las deliberaciones, las más graves y las más temerarias fueron, sin duda, tomadas en grave estado patológico.» Mr. Taine describe las sesiones de la Asamblea nacional así «La argumentación era débil, la invectiva violenta, el dogmatismo llegaba á la intemperancia. La energía degeneró en insolencia, la preocupación en fanatismo, la miopía en ceguera, el desorden fue hasta el tumulto, y del tumulto se pasó hasta la bacanal».

En suma, las Asambleas están, como los individuos, expuestos á enloquecerse bajo el golpe de pasiones fuertes. Puede suceder que ellas pierdan la cabeza más fácilmente que los individuos; y en todo

caso, las faltas que ellas cometan en este estado son más terribles y más peligrosas.

El profesor Lombroso se expresa así: "Si es verdad que en finanzas, es decir, sobre un asunto de interés, el más tenaz en el corazón humano, las Asambleas se equivocan y se enloquecen casi siempre, ¡cuánto mayores serán sus errores sobre cuestiones políticas, administrativas y comerciales que tienen para ellos mucho menos interés! Cuanto á la guerra, Moltke ha observado que una Asamblea parlamentaria se arrastrar más fácilmente que un soberano déspota que lleva toda la responsabilidad».

El neurotismo de los miembros de una Asamblea se adiciona geoméricamente. Sólo así puede explicarse la conducta de la Asamblea con Luis XVI; de la exigencia respetuosa pasó al gorro frigio y del gorro frigio á la guillotina. Los jacobinos son el producto natural de las neurosis tumultuarias.

#### FERROCARRIL AL PACIFICO.—COSTA RICA



PUENTE DE RÍO GRANDE

### EN EL MAR

(FRAGMENTO)

Al poner el pie en el muelle, después de haberme lavado, oí dar las doce y ví dos empleados ancianos, pasantes de abogado ó notario, que iban hacia el almuerzo, como dos animales de tiro á los que se les suelta el bocado por un momento para que coman la avena en el fondo de un saco de tela.

¡Oh libertad, libertad! ¡Única esperanza y único sueño! Entre todos los miserables de todas las clases de individuos, de todos los géneros de trabajadores, de todos cuantos hombres luchan á diario en el duro combate por la vida, esos son los más dignos de lástima, los más desheredados de la fortuna.

Ni se cree ni se sabe. Son impotentes para quejarse; no pueden rebelarse; permanecen atados, con

la mordaza de su miseria, su vergonzosa miseria de escribientes.

Han estudiado, saben el Derecho, son talvez bachilleres.

Cuánto me gusta esta dedicatoria de Julio Vallés: «A todos aquellos que, alimentados de griego y latín, se han muerto de hambre».

¿Se sabe lo que ganan esos miserables? ¡De mil ochocientos á mil quinientos francos anuales!

Empleados de los negros estudios, empleados de los grandes Ministerios, cada mañana debéis de leer á la puerta de la siniestra prisión la célebre frase de Dante:

«¡Dejad toda esperanza los que entráis!»

Se penetra allí por vez primera á los veinte años para permanecer hasta sesenta y más, y durante ese largo período no sucede nada. Toda la existencia



transcurre en la reducida y sombría oficina, siempre la misma, eutapizada con cartoneras verdes. Se entra allí joven, en el momento de las esperanzas vigorosas. Se sale viejo, en vísperas de morir. Toda la cosecha de recuerdos que hacemos en la existencia, los sucesos inesperados, los amores suaves ó trágicos, los viajes aventurados, todos los azares de una existencia libre, son desconocidos para esos presidiarios.

Todos los días, las semanas, los meses, las estaciones, los años, se parecen. Se llega á la misma hora; se almuerza á la misma hora, y á la misma hora se sale; y esto, desde los veinte á los sesenta años. Cuatro accidentes y no más hacen época: el casamiento, el nacimiento del primogénito, la muerte del padre y de la madre. Nada más, á no ser los aumentos de sueldo. No saben nada de la vida ordinaria, nada del mundo. Ignoran hasta las alegres jornadas de sol en las calles, y las excursiones por los campos, porque jamás los sueltan antes de la hora reglamentaria. Se constituyen prisioneros á las ocho de la mañana: la cárcel se abre á las seis, al caer de la tarde, pero como compensación, durante quince días al año, tienen el derecho—derecho discutido, regateado y echado en cara—de permanecer encerrados en su casa. Porque ¿á dónde pueden ir sin dinero?

El carpintero sube hacia los cielos; el cochero rueda por las calles; el maquinista de los ferrocarriles cruza los bosques, las llanuras, las montañas, va de continuo desde las murallas de la ciudad al amplio horizonte azul de los mares. El empleado no sale de su oficina, que es como su ataúd; y en el mismo espejito en que se mira joven, con su bigote rubio, el día de su llegada, se contempla calvo, con su barba blanca, el día en que lo despiden. Entonces, se acabó; la vida está cerrada, cerrado el porvenir. ¿Cómo puede ser que haya llegado á aquel estado? ¿Cómo ha podido envejecerse así sin que se haya realizado suceso alguno, sin que ninguna sorpresa de la existencia le haya agitado nunca? Y es así. ¡Plaza á los jóvenes empleados!

Entonces se van, más miserables todavía, y mueren casi al momento con la brusca ruptura de la larga y encarnizada costumbre de la oficina diaria, de los mismos movimientos, de las mismas acciones, de los mismos quehaceres á las mismas horas.

En el instante en que entraba en la fonda para almorzar, me entregaron un espantoso paquete de cartas y periódicos que esperaba, y mi corazón se oprimió como si le amenazara una desgracia. Tengo miedo y odio á las cartas, porque son lazos. Esos cuadros de papel que llevan mi nombre me parecen producir, cuando los rasgo, ruido de cadenas, el ruido de las cadenas que me atan á los vivos que he conocido, que conozco.

Todas me dicen, aunque escritas por manos diferentes: «¿En dónde está usted? ¿Qué hace usted?»

¿Por qué desaparece usted así si u decir á dónde va? ¿Con quién se oculta usted?» Otra añade: «¿Cómo quiere usted que se intime con usted si no hace más que huir á sus amigos? Es bastante ofensivo para ellos...»

¡Pues bueno, que no intimen, que no me cobren apego! ¿No habrá nadie que comprenda la afección, sin mezclarle una idea de posesión y despotismo? Parece que no pueden existir relaciones sin arrastrar en pos de sí obligaciones, susceptibilidades y cierto grado de servidumbre. Tan luego como se ha sonreído á los cumplimientos de un desconocido, el desconocido os lleva ventaja, se inquieta de lo que hacéis y os echa en cara que no le atendéis. Si llegamos hasta la amistad, no hay quien no imagine tener derechos; las relaciones se convierten en deberes, y los lazos que nos unen parecen terminar en nudos corredivos.

*Guy de Maupassant*

## SEGUNDO ESCRUTINIO

Reunidos los infrascritos escrutadores en la Redacción de PANDEMONIUM á la hora indicada en las bases del Certamen, procedimos al examen de los votos recibidos, obteniendo el siguiente resultado:

Srta.		Ante- votados	Nue- vos	Total	votos
Zoila Guardia Tinoco	. . . . .	7	9	16	
> Eloísa Bonnefil	. . . . .	4	11	15	>
> Mercedes Lara	. . . . .	10	3	13	>
> Francia Rodríguez	. . . . .		13	13	>
> Rosario Zúñiga Montúfar	. . . . .	5	4	9	>
> María Teresa Coronado	. . . . .		9	9	>
> Marta Tinoco	. . . . .	5	3	8	>
> Lolita Durán	. . . . .	2	6	8	>
> Juana de Dios Rodríguez	. . . . .		8	8	>
> Adita Fernández	. . . . .	2	4	6	>
> Rosa Montealegre	. . . . .		5	5	>
> María Aragón	. . . . .	2	2	4	>
> Luisa Montealegre	. . . . .		4	4	>
> Argentina Gotay	. . . . .	2	1	3	>
> Adriana Carranza	. . . . .		2	2	>
> Enriqueta Rodríguez	. . . . .	1		1	>
> Isabel Montealegre	. . . . .	1		1	>
> Clemencia Mata	. . . . .	1		1	>
> Felicia Montealegre	. . . . .		1	1	>
> María Guardia	. . . . .		1	1	>
> Isabel Aragón	. . . . .		1	1	>
> Margarita Herrero	. . . . .		1	1	>
> Paulina González Lahmann	. . . . .		1	1	>
> Marta Feo	. . . . .		1	1	>
TOTAL	. . . . .	42	90	132	votos

San José, 3 de Febrero de 1904.

*Fabio Baudrit.*

*Tobías Zúñiga Montúfar.*

*Gregorio Martín.*



# Certamen

En obsequio de nuestras lectoras, hemos abierto un certamen para determinar *cuál es la señorita más simpática* de la sociedad de San José.

Las condiciones del certamen son las siguientes:

1ª—Hasta el número correspondiente al domingo 20 de Marzo próximo, irá acompañado cada ejemplar de PANDEMONIUM de una papeleta numerada y sellada, que servirá para votar.

2ª—Podrán votar todas las lectoras y lectores de PANDEMONIUM; pero una misma persona no podrá votar más de una vez.

3ª—Las papeletas deberán ser firmadas. Las que carezcan de este requisito, se considerarán nulas.

4ª—El Jurado escrutador podrá nulificar también las papeletas que, á su juicio, no estén dentro de las condiciones del presente concurso.

5ª—PANDEMONIUM publicará el retrato de la señorita favorecida con el mayor número de votos, y asimismo el de las dos señoritas que, después de aquélla, hayan obtenido mayor número de sufragios. La primera será, además, obsequiada con un álbum de tarjetas postales ilustradas.

6ª—Cada día miércoles, á las 9 de la mañana, se hará un escrutinio parcial, y el resultado se publicará en el número del domingo siguiente.

7ª—El domingo 20 de Marzo, á las 2 de la tarde, se efectuará el escrutinio final, en el cual se revisarán todas las papeletas; y el resultado del certamen, así como los retratos de las señoritas favorecidas por

al mozo, le granjearon la simpatía de la familia, de modo que almorzó tranquilo y fumó sin congojas. Además, sostuvo con tino la conversación, diversa por cierto.

Reposado el almuerzo, agotados los temas de charla, y levantado que se hubo de la mesa el amo, Luis se dedicó á Felicia, que era lo que ansiaba y quien lo tenía en apreturas, pues á pesar de todo, como hombre de educación él las pasó en aquella mesa que por primera vez ocupaba.

Los rayos del sol calcinaban desde el cenit. Las niñas tomaron sus sombreros alones, de paja, adornados con la blanca plúmula de la trepadora *barba de viejo*, y fueron con Luis á sentarse bajo la fresca sombra del higuérón corpulento que se alzaba en el potrero, allá en un ángulo del galerón. Antes de salir de la casa, Felicia dio orden á Quirco de que les llevase frutas.

Con exageradas precauciones, la niña, para sentarse en la alfombra de césped que se extendía al pie del árbol, ciñóse y bajóse la falda cuidando de taparse hasta la punta de las botitas, á fin de que los ojos de Luis no registrasen secretos y primores que el pudor vela. La imitaron las primas. El mancebo se tendió en el

La gata, cuya sombra negra se extendía en el enladrillado, seguía lavándose la cara tranquilamente. Una criada la vio atareada en acicalarse y dijo con retintín: —La gata del ama—se lava la cara,—segura visita—á la señorita.

Felicia hizo un gesto marcado de duda y desdén, pero el dicho fue como una sonrisa al corazón: esperanza lisonjera se le aferró, y dejó volar otra vez sus pensamientos siguiendo con ojos inciertos el radiante astro que entre celajes se hundía.

En tanto, cerca de la puertecilla del jardín, recostado al muro, tras un limonero recatándose Quirco, tenía clavados los ojos blancos en la niña.

## IV

Aquel domingo oyó la misa muy devotamente y los santos debieron de agradecerlo. ó la criada acertó en su augurio de la tarde del drama en el jardín, porque allí estaba. ¡Si todo en la vida saliera así...!

Caballero en mosqueado jamelgo de aquiler, amarillo de polvo hasta los corvejones, desembocó en la plazoleta de la iglesia cuando terminaba la misa y comen-



el sufragio, serán publicados en el número correspondiente al domingo 27 de Marzo.

8ª—Los votos deben ser enviados á la Administración de PANDEMONIUM, en cuyos archivos serán conservados después del certamen, como comprobantes.

Se han servido aceptar el cargo de escrutadores los señores

*Don Fabio Baudrit,*

» *Tobías Zúñiga Montúfar y*

» *Gregorio Martin.*

SE SOLICITAN los números 4 y 5 de PANDEMONIUM. En la Administración de esta Revista se compran.

DUELO.—En los últimos días de la semana anterior dejó de existir en esta ciudad la respetable señora doña Inés Bolandi é Hidalgo, matrona muy distinguida que daba timbre á nuestra sociedad por sus cristianas virtudes. A la familia doliente presenta PANDEMONIUM un voto sentido de condolencia.

## TIPOS DE CAMBIO

THOMAS SCOTT

Londres. . . . .	vista	112
Londres. . . . .	90 d/v	109
New York. . . . .	vista	118
New York. . . . .	60 d/v	116
New York. . . . .	90 d/v	115
San Francisco . . . . .	vista	118
París. . . . .	»	111½
Hamburgo. . . . .	»	109
Bélgica. . . . .	»	112
Génova. . . . .	»	113
Jamaica. . . . .	»	115

Imprenta, Papelería, Encuadernación y Fotograbado de Avelino Alesina  
San José de Costa Rica (América Central)

zaban á salir del templo los campesinos. Llegó á media plaza, tiró impetuosamente de las riendas, y el mosqueado sentó en raya las traseras patas frente á las niñas que en animada charla y golpeándose la falda con los látigos, en busca iban de sus cabalgaduras. Ver Felicia al ginete, írsele la respiración de la sorpresa, y recobrarle de ésta, fue todo uno. El ginete echó pie á tierra, saludó afectuosamente, y asiendo del cabestro su mosqueado, que se quedó á la zaga, marchó á la par de ellas.

Felicia hizo moderadamente cargos á Luis por haberse hecho éste esperar tantos días. Lo que á él complació recordándole su triunfo de la última noche de los juegos de pólvora.

—¿Por qué no vino el domingo antepasado?

—Pues... ocupaciones...

—¿Y el pasado?

—¡Ah! ¿El pasado? Estaba en Limón. Fui el sábado á dejar á Carlos Gómez que se fue para Nueva York. Y no pude regresar á San José hasta el lunes, que hubo tren.

—¿Y V. no teme la fiebre amarilla?

—Por dos días que estuve... No. Y como no bebo licores...

—Vaya, le admitimos las excusas con tal de que almuerce con nosotras.

—Muchísimas gracias. Pero no me es posible. Me da pena. ¿Qué dirán en su casa? De buenas á primeras quedarne yo...

—¿Qué han de decir! Que V. nos viene á ver y que debe recibírsele como merece.

—Sí, gracias, gracias... Pero su papá... Dejemos eso para más adelante.

—Adiós, sí en el campo... No, no. Qué penas ni qué nada. Tiene que venir. ¿V. cree que si le hubieran de poner mala cara, yo le invitaría? Mi papá no dirá nada.

—Sí, sí, venga;—insistieron las primas que hasta ahora no habían hablado.—Vamos por los caballos que están cerca del establecimiento de ñor Teobaldo. Y todos á almorzar sin respingar.

Luis recapacitó. Mas el deseo de estar con su novia, pudo. Y á éstas, habiendo llegado ya á donde estaban los caballos, ayudó á las niñas á montar, y al cabo de un cuarto de hora de marcha una cogedora de café les abrió el portón de la finca. Minutos después conversaba Luis en la casa, con el progenitor de Felicia, agricultor ya entrado en años, gordo, quien resultó haber tratado al difunto padre de Luis. Eso, y la buena fama que precedía